

Por
**EDMUNDO
MONTAGNE**

Con este título apareció hoy, 17 de junio del 1931, un suelto en la sección de noticias policiales del diario que yo recibo, refiriendo cómo mi amigo el pintor polaco Ladislao Piast se ha vuelto loco. ¡Poética, genial manera de trastornarse; pero no por eso menos conmovedora!

Tanto, que abandoné la mesa preparada para escribir, en la que ahora redacto los hechos, y me lancé a la calle, en procura de la verdad.

¡Vano afán el mío! La verdad del caso Piast no podía estar al alcance del vecindario, ya que no lo estaba al mío, ni probablemente lo estaría al de los psiquiatras del hospicio.

En su casa hallé a la encargada afligida por los meses de alquiler que Piast le quedaba debiendo y porque el departamento que ocupaba habría de permanecer cerrado hasta tanto decidiera otra cosa el señor juez. Algunos vecinos se expidaban ahora las rarezas de Ladislao Piast y se apresuraban a contrármelas, como si precisamente ellas no hubieran sido mi primer incentivo de trato con el pintor.

En cuanto al mal de Piast, el médico de la sala de observación del hospicio coincide con mi amigo Fernández, especialista en enfermedades mentales, a quien le presenté hace cinco días al pintor. Se trata de una especie incurable de delirio sistematizado progresivo.

¡Bah!, ¡pamplinas! El verdadero Ladislao Piast no puede ser un modo especial y único de funcionamiento o no funcionamiento de su masa encefálica: modo adquirido, al cabo. Piast es otra cosa mucho más seria, como lo somos cada uno de los seres vivientes. El interés científico debiera nacer desde el momento en que se le da por caso perdido. ¿Es que no opina el mismo Ladislao Piast que su estado actual es el de salvación?

Lo conocí en el restaurante en que hace unos meses almuerzo. Tenía su mesa en el rincón último, desde donde observaba el movimiento de la sala, la salida y entrada de los parroquianos, la calle... El primer día tomé asiento frente a él. Mi mesa era la próxima inmediata. El había comido y fumaba en su pipa. Me pareció feo darle la espalda. Por lo demás, yo no tenía interés en observar la sala: antes bien, prefería que la menos gente posible se enterara de lo que yo comía. Sabría, pues una sola persona. Pero esa sola me preocuparía bien luego hasta causarme molestia. El ir y venir de su mirada, en la que había algo de vigilancia y avidez, paraba en mí, y al enterarme yo de ello, él abría mayormente los ojos, en los que brillaba entonces una sonrisa de reconocimiento. Sí: sonreía solamente con la mirada, en tanto que su boca mordía la pipa y arrojaba, saboreando, el humo que le extraía. Yo creí no conocer a ese mocetón rubio, barbado y melencólico. Durante mi comida pensé, no obstante, cuál de mis viejos amigos más jóvenes habría podido dejarse crecer la barba y melena, enflaquecer y fumar en pipa, hasta el punto de que se me hiciera irreconocible. No daba. Pero al final, cuando bebía yo mi café de cebada, se puso de pie y, con radiante y delicada expresión

de sobrentendimiento, me dirigió la palabra en un idioma extraño:

—Disculpeme usted, pero no lo comprendo —le observé.

Me miró el hombre con incredulidad, sonriendo esta vez con la faz entera. Parecía decirme:

—Ya sé que usted disimula y seguirá disimulando; pero no importa.

Con esa expresión me siguió considerando un momento, y luego continuó, en un castellano bastante pasable:

—¡Alabo a Dios por haber hallado al fin a un radomista!

Me puse yo también de pie, pues en la imprenta me esperaba el trabajo.

—Señor: quisiera de cierto ser un radomista, ya que eso le da tanta alegría —le respondí con acento pesados.

Y al verme poner el raglán y tomar el sombrero, una grande angustia nubló su cara; por lo que me apresuré a decirle:

—Veo que usted quiere explicarse. ¿No podría esperar, para hacerlo, hasta mañana? Yo volveré a almorzar aquí.

Impetuosamente me atrapó ambas manos y me las apretó con turbadora efusión.

Y así, de ese modo, por voluntad del pintor, llegué a ser su amigo, comiendo en la misma mesa, visitando su taller, compartiendo en cierta manera las vicisitudes por que pasaba su misteriosa y extraterrena hazaña nupcial.

Supe que había perdido a su novia, como él varsovia. No importaba que Piast procediese de la más rancia aristocracia polaca, descendiente directo, según se decía, de los fundadores medievales del reino, y que su novia, por la sangre, fuese plebeya, Nilda resultaba más aristocrática que él —afirmaba—, pues era venusina; su alma tenía la calidad del astro del amor puro, Venus; tanto, que se alejó del mundo quizá por haberse enamorado de él cuya pureza de alma no alcanzaba a la suya. Mas un proceso alquímico en el que se hallaba empenado, transformaría el grosero metal de su ser íntimo en el oro anímico que fué y sigue siendo la carne espiritual de su amada. Entendí que entonces se realizarían sus nupcias, y le interrogué:

—¿En la tierra o en el cielo?

Me miró extrañado. Y como yo permaneciera interrogante, me repuso, suponiéndome siempre un radomista:

—Usted bien lo sabe: en el reino verdadero.

¿Cómo convencerlo de que yo no era un radomista y, por lo tanto, debía hablar conmigo claramente?

Supe más tarde por qué me creyó un radomista. Radom se llamaba el profesor universitario que antes que profesor, y aparte sus cátedras vulgares, era un alquimista y astrólogo de grandes poderes. Mi alimentación de legumbres, leche y fruta, idéntica a la de Radom, le había inspirado tal creencia, fundado en que si Radom le había dicho que para combatir con la ma-

yor eficacia el influjo de sus astros enemigos residiera en un país del hemisferio sur, donde se beneficiaría con la influencia de astros nuevos, no estaba fuera de lo posible el hallar en ese país un discípulo o hermano de Radom, suposición de escaso fundamento, como se ve, y a la que se debió el que me hallase yo en el caso singular de ser su amigo, pues en estos últimos tiempos Piast carecía de amistades, y a más de uno de los parroquianos del restaurante miraba con misteriosas cuanto especiales desconfianzas.

Me enterneció su romance de amor, que pude completar sonandose día tras día, a retazos, con dificultad, ya que Piast se me iba constantemente a las estrellas, explicándome el estado diario de su lucha por la purificación de su alma.

Piast había conocido a su Nilda en la iglesia de San Juan, bella iglesia del Medievo, la más prestigiosa de las muchas que tiene Varsovia.

—¿Comprende usted?, ¡encontrar a la predestinada en un lugar tan santo como éste! —exclamó con expresión de total maravilla.

Sólo su frecuentación de la iglesia pudo vencer la prevención de la madre de Nilda, viuda de un pequeño industrial, que culpaba a su hija única con extremado celo.

La joven parecía ser estudiante, pues a menudo iba él a esperarla a su salida de la Universidad, y paseaba con ella por los parques y jardines, verdaderos paraísos en la ciudad, desde el Botánico hasta los de Praga, para lo cual cruzaban el río.

Conocí detalles de esos paseos, cándidos y propios de los enamorados. En los breves instantes en que Piast me los refería, se exaltaba o se conmovía hasta las lágrimas. ¡Grande, sublime amor el de Piast por su Nilda! El retrato al óleo que de ella hizo no tiene el colorido que se observa en sus otras telas. Adrede está pintado así, lo menos sensual posible, para que apareciera intensificada, en cambio, la expresión espiritual.

—Parece que está implorando, en un rezo —le dije cuando me la mostró

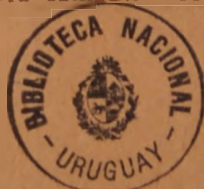
El me hizo saber que era esa, en Nilda, la expresión común de su amor por él. Exhibido en Varsovia con otros trabajos, se le quiso comprar por crecidas sumas. El cuadro se llama "La prometida", y vaya a saberse qué será de él si Piast no sana.

Nilda falleció de una fiebre maligna, según Piast, despertada a causa de su amor con un ser mucho menos puro que ella.

¿Qué podía haber de cierto en eso de la influencia de los planetas según se les viera en el zodiaco o no? Habría sido enseñado el paracelsista Radom o se debía exclusivamente a una idea de Piast? El gran Paracelso niega tal cosa. Dice que la virtud venusina, por ejemplo, se tiene porque es un estado o poder extendido en el Universo, y existiría aunque no existiese el astro Venus, que es sólo una representación de dicha fuerza. Lo mismo de las demás virtudes y maldades. Pero la idea de que el poder representado por los planetas se in-

(Continúa en la pág. 5)

año 1935



tenefica sobre el mundo cuando ellos se hacen visibles, ocupaba de tal manera a Piast que, dicho en pocas palabras, era lo único ordenado y discursivo que mostraba en su conversación, negada o poco explícita para todo otro tema, aunque fuese el de su arte y el de su misma Nilda; al extremo de que ello se reflejaba en su casa, donde los objetos se hallaban revueltos; cosas del taller, en la alcoba; cosas de la alcoba, en el taller. En éste sólo se veía libre del hacinamiento el cuadro de "La prometida", colgado en el muro frontero. Los demás yacían puestos del revés, unos junto a otros, contra el muro, en el suelo: así los últimos encargos, retratos de personas que se habían cansado de venir a reclamarlos, y a quienes les había dicho, como a mí, después de una breve exposición ante su caballete, que no necesitaba más "poses". El boceto de mi figura había quedado en pie supongo que en razón de ser yo, probablemente, o seguramente, un Radom.

Bajo el polvo que cubría las cosas advertí el estuche de un violín sobre cuyo cierre aparecía un papel lacrado en sus cuatro puntas, y en el papel una inscripción en polaco. Al ver que yo miraba eso interesadamente, tomó el estuche con el apremio y cariño con que una madre toma a un niño que gime, y sin librarlo del polvo se lo llevó a la alcoba, me dándole más satisfacción que la de traducirme lo que en el cierre lacrado decía:

"Hasta el día del triunfo."

Tuve que callar, ya que Piast me seguía hablando del planeta que esa noche se hiciera visible en no sé qué signo del zodiaco.

Días más tarde, almorzando, y en momento propicio a la averiguación, saqué de Piast que él tocaría otra vez el violín cuando se realizara su completo triunfo contra todas las fuerzas del mal, y lo haría acompañado al piano por Nilda, igual que en los venturosos tiempos de su noviazgo, pero con una más elevada sublimidad, pues ocurriría en la celebración de sus bodas con la amada divina.

La preocupación astrológica, por lo demás, era la única como digo, que lo hacía verboso y revelaba en él regularidad y método. Arrancaba diariamente de su calendario de taco, puesto en la pared, un papelecito, el del día anterior, y luego de anotarle abreviadamente la experiencia de ese día, lo ponía junto a los anteriores, en un cajetín alargado como fichero de biblioteca. Todo eso lo hacía luego de minuciosas confrontaciones con lo que rezaban dos libros: un almanaque astronómico y un tratado de magia.

Entretanto, iba asistiendo yo al abandono material de Piast, cada día mayor. No peinaba sus barbas y melena, demasiado crecidas; aumentaban las manchas en su ropa. Ultimamente, para ocultármelas quizá, comía con el sobretodo puesto. En varias ocasiones, al salir, lo llamó el fondero a su pupitre, pero Piast no tuvo dinero con que responder a sus exigencias. Tampoco lo tuvo para el joven judío que por tres veces lo esperó en la puerta y le habló en ruso, papeles en mano, y que concluyó amenazándolo no sé con qué.

Una vez que no había traído su pipa y que, desasosegado, no sabía donde poner sus manos, llamó al mozo y pidió cigarrillos.

—Usted disculpe, Sr. Piast, pero no puedo servirlo —le observó.

Comprendiendo la situación, dije:

—Tráigalos a cuenta mía.

En vano puse el acento más natural del mundo para decir eso.

El mozo respondió:

—En seguida, señor.

Pero Piast, poniéndose de pie y tomando convulsivamente el sombrero, exclamó:

—¡Ah, no; eso no!

Y se marchó con gran apuro, sin pronunciar una sola palabra más, haciendo que los parroquianos lo mirasen con caras asombradas o burlonas.

Algunos hubieran hecho su comentario en alta voz, a no haber permanecido yo en la fonda.

Pude ver, mientras se alejaba, que los gastados pantalones de Piast se deshacían en balloteante

fleco sobre los talones de sus torcidos botines amarillos.

Y no vino al día siguiente ni al otro, lo que me extrañó, ya que yo había hablado con el fondero.

Esto me explicó que si no veía al Sr. Piast era porque sólo venía ahora a cenar.

Me atreví a irlo a ver a su casa. Fue el 14 de este mes de junio de 1931, día que será inolvidable en mi vida.

—¿Se puede, mi señor y amigo Piast? —exclamé entrando.

Lo había entrevisto. Estaba en su taller. Hurgaba en el cajetín de las experiencias diarias. Parecía que había estado escribiendo sobre el último papelecito arrancado del calendario, pues tanto el almanaque astronómico como el tratado de magia se hallaban abiertos sobre la mesa.

Volviéndose hacia mí quedó desconcertado, mirándome con una curiosidad que me desconcertaba a mi vez.

Yo no sé cómo vi de pronto aquello. En la tela de mi retrato casi concluido aparecía pintado un monstruo, un ser simiesco, diabólico, encaramado sobre mis hombros y amenazando mi cabeza con expresión teroz y gozosa de quien habría de concluir conmigo.

¿De dónde me vino la inspiración que a la vista de ese cuadro me hice exclamar lo que exclamé?

—¡No, ya no!, ¡he vencido, Piast! —dije con acento de profunda convicción.

Y cuando sentía que iba a avergonzarme de haber tratado a mi amigo como un psiquiatra a un demente o por lo menos como un adulto a un engañable niño, él se precipito radiante hacia mí, me tomó ambas manos y me las estrechó con la efusión del día en que nos habíamos hecho amigos.

—¡Podemos cantar entonces el "Gloria in excelsis Deo!" —aseguró.

Tomó unos pinceles y los pasó febrilmente sobre el monstruo, que quedó anulado.

—Vea usted: hoy es un gran día.

—prosiguió con inusitado estremecimiento—. ¡Venus en el zodiaco!

Lo contemplé arrobado esta madrugada. Y de él surgió Nilda, más bella y divina que nunca. Su manto de luz oro pálido me envolvió, y solamente abandoné mi éxtasis cuando apareció el sol. ¡Ah, ya sé, ya sé que usted me dirá, como me lo diría el mismo Radom, que en los días que siguen me acosará la luna, con peligro para la firmeza de mi razón, ya que en ese influjo he de sentir la impetuosidad de Marte, mi otro enemigo! Mas nada importa. Ella me lo dijo, antes de desvanecerse: "¡Soy dichosa porque al fin subes!"

—¿Vuelve usted, entonces, a almorzar conmigo desde mañana? —lo interrumpí.

—Desde mañana no: desde el día de mi triunfo definitivo.

Al despedirme de mi amigo y andar por la calle sumido en las reflexiones que su crítico estado me inspiraban dije: "su triunfo definitivo", y al decirlo recordé la inscripción que tenía el papel lacrado sobre el cierre del estuche de su violín.

No han transcurrido tres días. Hoy he leído en mi diario el suelto fatal; he salido, he vuelto, hace nueve horas que escribo sin descansar, y sólo me resta transcribir aquí la penosa noticia.

Dice así: "Un solo de violín — A hora temprana, los moradores de la casa de departamentos de la calle Rivera 3780 fueron despertados por la suave melodía de un solo de violín. La curiosidad condujo a los vecinos a saber quién era el músico, y tras no pocas dificultades dieron al fin con él.

"En la azotea de la casa, Ladislao Piast, polaco, de 30 años, pintor retratista, que vive allí, se paseaba en ropas menores, desafiando la desapacible temperatura y embebido en las notas diáfanas que conseguía arrancar de su instrumento.

"A pedido general intervino la policía, pero Piast destruyó el violín antes de entregarlo a la autoridad la cual tuvo que llevarlo porque el hombre no se encontraba en su sano juicio."

ano 1933

